

("Hispania" Londres (Inglaterra), 1 abril 1914).

EN EL FONDO, TEOLOGÍA.

FATAL necesidad, y no sólo económica, ¡no! esta de tomar periódicamente la pluma para dirigirse a los lectores que uno se haya hecho y que acaban por formar parte de su personalidad. Y no añado social porque no hay otra, pues la persona de uno no es sino el papel que en la sociedad representa. Y para el publicista llega a ser una necesidad vital la de pensar en voz alta ante los que le leen. Todo lo que ve y oye y le ocurre es excitante para su labor.

Las últimas elecciones generales para diputados a Cortes en esta mi patria, España, habían desencadenado sobre mi cabeza y sobre mi corazón una nube negra de reflexiones y de presentimientos, negros también. Preocupábame el espectáculo de que en ese acto, que parece ser el más político en la vida ordinaria de una nación, apenas si la política, si la verdadera política, ha jugado papel alguno.

Der Krieg ist die Politik κατ' ἑξοχὴν — "la guerra es la política por excelencia" — ha dicho en su *Politik* el Profesor Treitschke. Y las elecciones son una especie de guerra en la que no suelen faltar muertos. Las últimas han costado algunas vidas en España. Pero lejos de haber depurado la atmósfera moral pública, como dicen que la depura una guerra, al modo que una tempestad la física, estas elecciones han sido un ciclón de polvo, y de polvo muy seco, muy seco. Y de política, de verdadera política, nada, casi nada en ellas.

Angel Marvaud, en su reciente obra *L'Espagne au XX^e Siècle*, repite lo que más de una vez se ha dicho, y es que los ministros en España dependen, no del Parlamento, sino del clero y del ejército. Ahora bien, esto es una vieja y cómoda, muy cómoda, leyenda. No creo que tenga fondo de

verdad. Dígase lo que se diga, en nuestra España no hay ni el clericalismo ni el militarismo de que se habla. ¡Ojalá los hubiese! Porque serían enemigos más claros y más asideros. No, lo que hay es una oligarquía de politiqueros de oficio, de vividores de la política, de pequeños y grandes caciques. Y es lo mismo que se llamen radicales como que se llamen conservadores. Representen en el tablero el rey o el mendigo, el traidor o el héroe, el marido o el amante, todos los cómicos se entienden entre bastidores. Lo de clericalismo o anti-clericalismo, militarismo o anti-militarismo, son pretextos.

Y cuando, bajo la sacudida espiritual del espectáculo de estas elecciones generales, pensaba una vez más en estas cosas, me llega la noticia de la muerte de Gaston Calmette, el director de *Le Figaro*, por mano de la mujer del ministro de Hacienda francés, Caillaux, y jefe de los radicales. Este hecho trágico es de los más preñados de enseñanzas. Y aquí sí que hay política.

Leo los comentarios que á este hecho pone uno de los diarios más populares y más autorizados de Madrid, y apenas si se fija en otra cosa que en la cuestión de la reforma fiscal y el impuesto sobre la renta. Creyérase que en el terrible duelo que ahora sí que se ha dicho duelo a muerte



UNIVERSIDAD SALAMANCA

LIBROS.USAL.ES

— entre Briand y Caillaux, como representantes y jefes de dos tendencias, no se trataba más que de un asunto económico. Creyérase que la lucha contra Caillaux no partía sino de los rentistas, clase tan numerosa en Francia, que no era sino la *épargne* de los acreedores del Estado que defendía sus privilegios. Y no, no es así. Para honor de Francia, y sin pronunciarnos en uno u otro sentido, había y hay muy otra cosa que eso, aunque también ello haya.

La llamada concepción materialista de la historia, la que propugnó Carlos Marx, está hace tiempo en crisis. Pasó con el siglo XIX, que fue en sus postrimerías un siglo de groseras y cómodas, muy cómodas, explicaciones materialistas.

En la base de los fenómenos sociales, se decía, está el fenómeno económico, la necesidad de comer; el vientre es el que gobierna la historia. Claro está que el hombre, que es ser social y forma parte de una especie, siente con tanta fuerza casi, y algunas veces con más fuerza que el instinto de conservarse, el de perpetuarse. El amor es tan fuerte, por lo menos, como el hambre, y hay quienes se suicidan, y hasta quienes se dejan morir de hambre, por amor. Por amor a mujer, quiero decir. Y así junto al fenómeno económico habría que poner el erótico en la base de la historia. Y reconocer que no carece de profundidad la leyenda de hacer de Helena el motivo de la guerra de Troya.

Pero el hombre no es sólo un animal que come y se reproduce, ni le guían tan sólo el hambre y el apetito sexual o paternal, sino que es un animal político; esto es, social, o dicho de otro modo, una persona. Y ser persona es tener un contenido espiritual propio, tomado del pueblo de que forma parte; ser persona es tener una lengua, unos hábitos, unas creencias, unos afectos, unos prejuicios. Yo o soy yo o renuncio a ser. Sólo a una bestia, no a un hombre, puede serle indiferente lo que no forme parte de su individualidad fisiológica. Y a la bestia le es indiferente porque no lo conoce. Tenía razón Blumenbach al decir que los monos no pueden hablar porque nada tienen que decir.

Se pelea por defender la propia personalidad, la individual o la colectiva. Yo peleo por seguir siendo yo y no otro, y porque España siga siendo España y no otra nación. El mismo Treitschke, en la ya susomentada *Politik*, dice: "La idea de llegar a hacernos franceses es para nosotros tan terrible, que preferiríamos antes perder la existencia material." ¡Muy bien!

¿Qué es eso de *ubi bene, ibi patria*, donde se está bien, allí está la patria? ¿Qué es estar bien? Un hombre, esto es, un animal social, político, portador de una tradición de cultura, de la que vive y para la que vive, un hombre y no una bestia bípeda implume, ¿dónde está bien? No basta para estar bien tener lleno el estómago y poder satisfacer el apetito genérico. Aquella contestación que, según Heródoto nos cuenta en su libro segundo, dieron a Psamético los desertores a quienes querían hacer volver de entre los etíopes, fue contestación de bestias, no de hombres. Compáresela con las nobles y humanas palabras que hace decir a Pericles Tucídides.

Hay más, mucho más, que estómago y órganos genitales; también el corazón y la cabeza, y no sólo al servicio de aquéllos, rigen la historia. Y si alguna vez los intereses



materiales, económicos, se disfrazan de intereses políticos y religiosos, no pocas veces lo económico no es sino un pretexto de lo político.

De esta lucha del radicalismo francés que últimamente parecía representar Caillaux sé principalmente por el semanario *Les Droits de l'Homme*, la Revista más idealista y más republicana, según ella misma se dice. La dirige, como es sabido, Pablo Jacinto Loyson, el hijo del ex-Padre Jacinto, del carmelita apóstata. Y pasa por toda ella un soplo de religiosidad. No diré que simpatizo con la religiosidad de este semanario, pero sí que está lleno de ésta.

Proudhon era, como Carlos Marx, un economista también, pero aunque menos técnico — y desde luego mucho menos pedante, — mucho más profundo. Y Proudhon, este espíritu admirable, lejos de formular el materialismo histórico, dijo que en el fondo de toda cuestión política había un problema teológico. Yo digo más, y es que la política no es sino teología. O si queréis, que la teología no es más que política; lo mismo me da. Y que todas estas luchas, como la que ahora con tanta pasión está entablada en Francia y ha costado la vida a Calmette, son luchas religiosas.

El problema en Francia, el problema en toda nación que quiera seguir siendo nación y no colmena de bípedos implumes, es el problema de la personalidad colectiva — de la cual deriva y depende la individual — es el problema de la cultura, es, en otras palabras, el problema religioso. Para cada pueblo su problema vital, de vida o muerte, es el de encontrar su propia religión, la que expresa y define su espíritu y satisface sus necesidades mentales y sus necesidades afectivas. Cada pueblo tiene que encontrar a su Dios, aunque llame a ese Dios un No-Dios, o una pura Idea, o la Tierra, o la Materia, o la Nada, o como quiera. Y por ese su Dios vivirá. Cada pueblo se hace su Dios — Dios nació en ciudad y es esencialmente político — pero ese su Dios les hace a su vez a él, a su pueblo. Y todas las más arduas cuestiones teológicas se reducen á concebir a Dios como Emperador, o Rey absoluto, o Rey constitucional, o Presidente de República, o Dictador, o Demo. Y no digo como No-Dios, porque el anarquismo no es política, sino apolítica. Anarquismo y ateología son la misma cosa.

En el fondo, pues, de todo problema y de toda lucha políticos hay siempre, más que un interés económico, un problema teológico. O ateológico si queréis; es lo mismo. Y no, no es el impuesto sobre la renta lo que ha desencadenado la última tempestad política sobre Francia, es si ha de volver o no al catolicismo romano o si ha de desarrollar otra religión, una religión francesa, sea la que fuere, la religión de Francia, el Dios francés, llámesele a este Dios la Diosa Razón, o llámesele de otro modo, y aunque sea Sinrazón. Y ved por donde la tragedia de la mujer de Caillaux y Calmette no deja de tener estrecha conexión con la tragedia del ex-Abate Loisy, y con la callada tragedia que se va cuajando, cual sutil telaraña, en la cátedra del filósofo Bergson.



